

glo en el equilibrio de Europa y que el desmembramiento de Francia, favorable á los que se aprovecharían de esos despojos, no podía convenir á otros Estados.

Como el autor de esta nota hizo observar á los ministros extranjeros que no hablaba como representante de su gobierno, sino como simple particular, no sufrieron por eso modificación alguna los acuerdos tomados; y la conferencia no tardó en elaborar una carta geográfica en que la Alsacia y la Lorena, el Hainaut, Flandes y gran parte de la Champaña, del Franco-Condado y del Bugey figuraban como segregados de Francia. El duque Dalberg, que con el barón Louis auxiliaba á Talleyrand en sus negociaciones diplomáticas y que logró estar al corriente de las deliberaciones secretas de los ministros aliados, obtuvo una copia de dicha carta geográfica, que enseñaron á Luis XVIII, al mismo tiempo que una serie de periódicos alemanes en que todos los sucesos relativos á la Lorena y á la Alsacia eran comprendidos en la sección de Alemania. El rey tenía en grande estima sus derechos y su título; veía la patria en su persona: aminorar la Francia era expoliarlo á él; su orgullo se sublevó é hizo pedir una entrevista á Alejandro y al duque de Wéllington. «Milord, dijo á este último, una vez reunidos; al volver á Francia, creía regir el reino de mis padres; parece que me equivoqué; y es el caso que no puedo quedarme sino con esta condición; ¿ereís, milord, que vuestro gobierno consentirá en recibirme si vuelvo á pedirle asilo?» Había cierta grandeza en las palabras del rey. Alejandro, conmovido, exclamó: «No, no, Vuestra Majestad no perderá sus provincias; yo no lo consentiré.»

El día siguiente, el conde Capo-d'Istria, que en la conferencia substituía al conde Nesselrode, presentó á los demás ministros aliados, en nombre de Rusia, una nota en que se decía:

«Los principales objetos de la alianza, que consistían en librar á Francia del yugo de Bonaparte y en reintegrar á Luis XVIII en su trono, se han conseguido. Los aliados tienen derecho á exigir ahora de Francia garantías morales y reales, pero no pueden exigir el derecho de conquista... Los aliados reconocieron al rey de Francia durante la usurpación de Bonaparte; el rey acaba de ser repuesto en su trono por la fuerza de las armas de los aliados; por justicia y por interés, á éstos toca afianzar la autoridad de este monarca y ayudarle con todas sus fuerzas á fundar exclusivamente sobre un interés general y nacional la forma de su gobierno.»

El ministro ruso concluía proponiendo, como garantía para la tranquilidad de Europa contra todo ataque de Francia, renovar el tratado de Viena de 25 de marzo; tomar en Francia una posición militar que durase hasta la completa estabilidad de la monarquía; y poner los Estados limítrofes en condiciones de resistirle, mediante una línea de fortalezas opuestas á las plazas fuertes de Flandes, la Lorena y la Alsacia.

Gracias al interés que tenía Rusia en mantener el tratado de París, Francia escapaba al desmembramiento. Sin embargo, Talleyrand estuvo á punto de anular este beneficio con el sistema de pequeñas intrigas que caracterizaban su política. Dominado por la idea de quebrantar la unión de las potencias, se le ocurrió amenazar á los aliados con una insurrección nacional

causada por las exigencias de los soberanos, y cuyo rumor hizo proparar por sus confidentes; el Mediodía y el Vandeadado, sublevados ya, estaban próximos á juntarse con los restos de las antiguas tropas imperiales, y varias veces se había tratado en el consejo de la retirada del rey y su gobierno allende el Loira. Dos informes de Fouché á Luis XVIII sobre el estado de Francia, sobre los estragos de la ocupación militar y la exasperación de los habitantes, informes á que se dió una publicidad de que Talleyrand fué cómplice, ayudaron á aquellos rumores. Los extranjeros no se hacían ilusiones sobre las fuerzas reales de Francia; sabían que, aunque vencida, le quedaban bastantes para arrojar, por medio de un levantamiento general, á los invasores fuera del territorio; empezaron á tener inquietudes; pero aquellas amenazas y temores, como era natural, estrecharon la unión de las potencias, en vez de desunirlas. Sin abandonar el principio de su nota, Rusia consintió en separar varias plazas fuertes de las fronteras francesas del Norte y del Este, y los demás Estados, modificando sus pretensiones, renunciaron á exigir el desmembramiento de las provincias que antes reclamaban. Vinieron todos á un acuerdo, y el 16 de septiembre, los ministros aliados expusieron oficialmente sus pretensiones en un *ultimátum* que concedía el cantón y la plaza de Condé, los territorios y las plazas de Philippeville y Marienburgo, el cantón y la plaza de Givet, las plazas y territorios de Sarrelouis y de Landau á los Países Bajos y á los Estados alemanes; el fuerte de Joux á la Confederación Helvética, el de la Esclusa al rey de Cerdeña, que recobraría además toda la Saboya, renunciando Francia á tener guarnición en Mónaco. Según el *ultimátum*, habían de ser demolidas las fortificaciones de Huninga; Francia venía obligada á pagar 600 millones de contribuciones de guerra, y 200 millones para la construcción de fortalezas opuestas á las suyas, y 150.000 soldados aliados, mantenidos y pagados por Francia, iban á ocupar, durante siete años, diez y ocho plazas fuertes y las fortalezas francesas que se designaban.

El 18 Talleyrand y sus dos auxiliares contestaron al *ultimátum* con una extensa nota, invocando contra toda cesión de territorio el principio proclamado por las potencias en sus manifestos y en sus tratados, de que *hacían la guerra contra Napoleón Bonaparte y no contra Francia*. «Como no ha habido conquista, decían los negociadores franceses, no debe haber cesiones territoriales.» Convencidos, sin embargo, de la ineficacia de semejante argumentación para modificar las condiciones dictadas por Europa victoriosa á la Francia vencida, se apresuraban á añadir: «Sin embargo, y á pesar de los inconvenientes de toda cesión territorial en las actuales circunstancias, Su Majestad consentirá en el restablecimiento de los *antiguos límites* en los puntos en que Francia fué engrandecida por el tratado de 30 de mayo de 1814. Consentirá igualmente en el pago de una indemnización y en una ocupación militar interina. La duración de ésta, el número de las fortalezas y la extensión de los países á ocupar, serán objeto de una negociación; pero el rey no vacila en declarar que una ocupación del reino durante siete años es enteramente inadmisibles. Su Majestad espera que los soberanos, sus aliados, consentirán en establecer *negociaciones* sobre

estos tres principios, y en guardar, en el cálculo de las *cuotas*, el espíritu de justicia y de moderación que les anima.»

En suma, Talleyrand admitía las principales condiciones del *ultimátum* de los coligados; ya únicamente se trataba de calcular las *cuotas*, según él mismo decía.

El día 20, los firmantes del *ultimátum* replicaron con una nota manifestando que la necesidad de garantías para el porvenir era más imperiosa y más urgente que en la época del tratado de París, y que por tanto persistían en las condiciones presentadas al rey de Francia.

Los acontecimientos no dejaron á Talleyrand el tiempo de contestar á la precedente nota: cuatro días después de haberla recibido, este ministro y sus colegas cayeron sin esfuerzo y sin sacudida ante la proximidad de la nueva Cámara de diputados.

Esta Cámara había sido convocada el 13 de julio por una real orden que fijaba para el 14 de agosto la reunión de los comicios de distrito, y para la semana siguiente la reunión de los colegios de departamento. Según dicha real orden casi dictatorial, puesto que modificaba varias disposiciones constitucionales y creaba todo un sistema de elección, cada colegio de distrito elegía un número de candidatos igual al de los diputados que el departamento iba á elegir; el colegio de departamento escogía entre estos candidatos, procediendo á la elección definitiva. Los diputados eran elegibles á la edad de veinticinco años. Finalmente, el artículo 14 sometía á la revisión del poder legislativo, en la próxima legislatura, los artículos 16, 25, 35, 36 y siguientes hasta el 46 inclusive de la Carta, es decir, todas las disposiciones de este pacto relativas á la proposición y á la discusión de las leyes, á la composición de los colegios electorales y á la elección de los diputados. Trece días después, el 26 de julio, una nueva real orden nombraba los presidentes de cada colegio electoral; presidentes escogidos á imagen del gobierno é indicados á los electores como candidatos ministeriales. Su lista era una extraña mezcla de antiguos nobles pasados al Imperio, de funcionarios del Imperio pasados á la Monarquía, de magistrados y abogados que habían intervenido en los acontecimientos de los *Cien días*. Ocupado en sus negociaciones con los extranjeros, Talleyrand abandonó el cuidado de las elecciones á Fouché, considerando esta operación como un asunto de policía política, para la cual bastaría la habilidad del duque de Otranto. Pocos hombres han aventajado á Fouché en el arte odioso de servirse de todas las malas pasiones humanas para penetrar en los secretos ajenos y descubrir las tramas políticas; nadie como él para tender un lazo y engañar; pero esta habilidad constituía toda la inteligencia del duque de Otranto, cuya organización moral tenía muchos puntos de contacto con la de Talleyrand. Muchos presidentes de colegio electoral fueron á pedirle instrucciones; Fouché apenas les escuchaba; afectando un gran ardor revolucionario, ensalzando su experiencia, su influencia en la opinión y sus servicios, profiriendo burlas, á menudo groseras, contra los príncipes y el gobierno de que era ministro, despedía á los candidatos con estas palabras: «Haceos elegir; estas son todas las instrucciones que os puedo dar.»

El gobierno estaba tranquilo, pues el cuerpo electoral á que acudía era aún, á pesar de la Carta real, el

cuerpo electoral del Imperio. A su juicio, los mismos elementos iban á dar el mismo resultado, y esperaba con entera confianza una Cámara compuesta, en su inmensa mayoría, de propietarios y funcionarios dóciles, cuya oposición, en todo caso, no iría más allá de la hostilidad benigna de la Cámara de la primera Restauración. Los acontecimientos iban á causarle una gran decepción.

Al abrirse, en 14 de agosto, los comicios, la invasión cubría las provincias francesas; las cargas de la ocupación pesaban de una manera abrumadora sobre las más insignificantes aldeas; la desorganización era general, había numerosas destituciones en todos los servicios públicos; la depuración de los tribunales y de los cuerpos constituidos de toda clase era una medida anunciada; la reciente real orden de 24 de julio parecía una amenaza de proscripción para los funcionarios de todos los gobiernos, y el rumor de horribles matanzas que ensangrentaban las ciudades del Mediodía sembraba el espanto de uno al otro confin del reino; en una palabra, cada cual temía por su fortuna y por su posición, y empezaba á temblar por su libertad y por su vida. Bajo la impresión de tales temores y la influencia de las tropas aliadas, el voto de cada elector no podía ser más que un acto de sumisión á las pasiones del partido dominante merced á la invasión. Además de que cada colegio no reunía más que un pequeño número de electores, casi todos empleados ó ricos propietarios del distrito, en ninguna parte se veía la mano del gobierno; la inmensa mayoría de prefectos y subprefectos acababan de ser nombrados y no tuvieron tiempo de dirigir las elecciones. Abandonados á sí mismos y aislados; obligados poco menos que á pasar bajo las bayonetas de extranjeros fanatizados, los electores olvidaron los intereses generales para ocuparse únicamente de sus intereses de seguridad y conservación personales; todos quisieron mostrarse realistas acérrimos y dieron sus sufragios á los antiguos emigrados ó adversarios recientes del gobierno imperial, que con más violencia se pronunciaban contra la Revolución y sus leyes, ó que con más calor aplaudían el triunfo de la invasión. El 15 de agosto, todos los colegios de distrito habían presentado sus candidatos; el 22, los colegios de departamento procedieron á la elección definitiva; el 24, la Cámara realista de 1815 quedaba nombrada.

Mientras tanto, Talleyrand diezmaba y reconstituía luego la institución de los pares de Francia. Una real orden de 24 de julio había borrado de la lista á todos los que aceptaron esta dignidad de la situación de los *Cien días*; otra real orden de 17 de agosto hizo entrar en la Cámara de los pares noventa y cuatro miembros nuevos, y, dos días después, una tercera real orden declaró hereditaria la dignidad de par.

Estas medidas aseguraban al ministerio el concurso de la Cámara de los pares, y Talleyrand creía contar igualmente con el apoyo de la Cámara de los diputados, cuando, quince días después de las elecciones, empezó á tropezar con dificultades que nacían de la composición del gabinete.

Para los cortesanos de Luis XVIII, que tanto habían insistido en que se diese una carterá á Fouché, éste perdió todo su mérito desde el momento que dejó de ser útil. El epíteto de *regicida* perseguía en todas partes

al duque de Otranto dos meses después de su nombramiento de ministro de la policía. Con motivo de un falso rumor de tentativa de envenenamiento en la persona de Alejandro, M. Decazes, prefecto de policía, recibió el encargo de dar personalmente cuenta al rey de todos los acontecimientos importantes de la capital; y como el prefecto aspiraba á la cartera del ramo, aprovechó de sus relaciones directas con Luis XVIII y de su favor naciente para desacreditar á Fouché en el concepto del monarca, recordando, cada vez que la ocasión se presentaba, el pasado revolucionario, la profunda inmoralidad y las numerosas traiciones del duque de Otranto. El rey empezaba á temer por su poder y casi por su vida, cuando la llegada á París de los duques de Angulema vino á dificultar la continuación de Fouché en el gabinete. Al anuncio de una visita de los ministros á aquellos dos miembros de la familia real, la hija de Luis XVI contestó que no estando segura de poder soportar con calma la presencia de uno de los hombres que habían enviado á su padre al patíbulo, no recibiría al duque de Otranto. Después de semejante declaración, la continuación de Fouché en el poder era muy difícil; por otra parte, los secretos terrores del rey no eran ya un misterio para nadie. ¿Iba el gabinete á comprometer su propia existencia sosteniendo al ministro de policía? Talleyrand no era hombre capaz de tales sacrificios. Una tarde, en consejo de ministros, el presidente hizo de pronto una poética descripción de los Estados Unidos, y volviéndose bruscamente hacia Fouché, le preguntó si el cargo de embajador en aquella afortunada tierra no le parecía la posición más feliz que pudiera desear un hombre político. «Hasta la forma republicana ha de seducir á un antiguo amigo de la República, añadió Talleyrand. Señor duque de Otranto, si deseáis esta hermosa posición, yo os la puedo ofrecer.» El asombro de los ministros fué grande. Fouché no contestó más que con estas palabras: «¿Quieren desembrazarse de mí?» A cuya pregunta nada replicó Talleyrand.

Mientras tanto, los individuos de la nueva Cámara empezaban á llegar á París, y muchos de ellos visitaban á M. Pasquier, ministro interino de gobernación. Uno de los nuevos diputados, presidente que había sido de la Cámara bajo la primera restauración, M. Lainé, hombre de prestigio y de influencia, fué interrogado por el ministro acerca de las disposiciones de la nueva asamblea para con el gobierno. «Lo que domina en todos los diputados que he visto, contestó Lainé, es un odio profundo á la Revolución y á los revolucionarios. La presencia de Fouché en el gabinete les parece una monstruosidad; si el ministerio se presenta ante la Cámara con el duque de Otranto, éste le arrastrará inevitablemente en su caída.» Asustado, Pasquier se apresuró á dar cuenta de esta amenaza á Talleyrand, quien obligó á Fouché á que presentase la dimisión de ministro de Policía, en cambio del puesto de embajador en la pequeña corte de Dresde. El 24 de septiembre, atormentado, no por los remordimientos, sino por miedo á la venganza de alguna de sus numerosas víctimas, Fouché huyó de París tomando toda clase de misteriosas precauciones hasta que hubo pasado la frontera.

Después del desastre de Waterloo, Fouché tuvo en sus manos los destinos de Francia. Si su inteligencia

hubiese estado á la altura de su reputación, le hubiera sido fácil, sino devolver á su patria los pasados esplendores, contener al menos la invasión é imponer á los aliados una paz que asegurase los derechos y la independencia de la nación francesa; y si ésta fatalmente había de sucumbir, de él dependía que sucumbiese con honra. Pero ese hombre prefirió entregar la Francia al enemigo en cambio de una cartera, salario de su traición. En justo castigo, apenas conservó dos meses aquel cargo ministerial, y, poco tiempo después, el cínico proscriptor, proscrito á su vez por una ley llamada de *amnistía*, moría abandonado en el destierro.

La dimisión del ministro de policía y la vacante del ministerio del Interior dejaban al gabinete reducido á cinco miembros. Sin embargo, Talleyrand creyó poder abrir la legislatura con aquel gabinete incompleto y medio quebrantado. Pensaba que la dimisión de Fouché desarmaría las pasiones de la nueva Cámara; pero aquel sacrificio no podía satisfacer las exigencias de los diputados, en su mayoría antiguos emigrados ó nobles provincianos que llegaban con el convencimiento de que la Revolución, causa de ruina para ellos ó sus familias, era el origen de todos los males de Francia. Viendo en la segunda vuelta de Luis XVIII el triunfo largo tiempo esperado del principio monárquico sobre el principio revolucionario, proclamaban que aquel triunfo, premio de los esfuerzos de toda Europa, dejaría por segunda vez de producir sus resultados, si la monarquía no buscaba su seguridad y su fuerza fuera de las instituciones y de los hombres de la República y del Imperio. So pena de una nueva catástrofe, el rey estaba obligado á comprender que los únicos que podían servir fielmente á la monarquía eran los monárquicos. Pero, exclusivos como todos los partidos extremos, impacientes muchos de ellos por entrar á su vez en posesión de las altas funciones políticas del gobierno y de los empleos lucrativos de la administración, no reconocían por monárquicos más que á sus amigos y á sus propias personas. Su severidad no perdonaba á un solo individuo del ministerio. Echaban en cara á Jaucourt su antiguo título de senador; al barón Louis su antigua calidad de clérigo, así como su presencia, como diácono asistiendo al obispo de Autún (Talleyrand), en la misa de la primera federación; á Pasquier, sus funciones de prefecto de la policía imperial, y al conde Gouvión de Saint-Cyr sus servicios en las guerras revolucionarias. Dominados por su pasado, estos cuatro ministros, á pesar de sus buenas intenciones, no hacían nada, en concepto de los nuevos diputados, que no llevase el sello revolucionario. La mayor parte de los prefectos nombrados por Pasquier eran antiguos funcionarios del Imperio; el padre Louis, como ministro de Hacienda, continuaba haciendo ordenar la venta de los bienes del clero, y, en sus rigores fiscales, no hacía diferencia alguna entre los emigrados y los jacobinos; por último, el ministro de la Guerra, disolviendo las compañías de mosqueteros grises y negros, de caballería ligera y de gendarmes que componían la *casa roja*, ó sea la casa militar del rey, los reemplazaba por una guardia real instituída á imagen de la guardia imperial. Tales rencores y preocupaciones indican el grado de aprecio en que los diputados electos tenían á Talleyrand. Si la presencia de Fouché, regicida, en el consejo de la Corona fué considerada como

un hecho monstruoso, la de Talleyrand, ex obispo casado, era proclamada como un escándalo. Resuelto á afrontar la tormenta, el primer ministro creyó poder triunfar de las pasiones de los nuevos representantes del país oponiéndoles la autoridad y la voluntad positiva del rey.

Bajo la primera restauración, Luis XVIII no intervenía en el gobierno y administración del reino más que para firmar. Además, cada ministro, amo en su departamento, no daba cuenta de sus actos más que al implacable Blacas. A su regreso de Gante, el rey no tuvo en los negocios del Estado una intervención más activa ni más directa. Había, sin embargo, la diferencia de que todos los asuntos se trataban en consejo y de que las reuniones de los ministros, frecuentes, casi diarias, se celebraban, no ya en las Tullerías, sino en casa de Talleyrand y bajo su presidencia. Las disposiciones, una vez acordadas, eran convertidas en reales órdenes y presentadas á la firma de Luis XVIII, que firmaba sin hacer la menor observación y la mayor parte de las veces sin mirar siquiera lo que sancionaba. Si el rey abandonaba á sus consejeros la absoluta dirección de los negocios públicos, no era por sistema político, ni por respeto á la responsabilidad ministerial; era únicamente á causa de la edad, del estado físico y de las costumbres del monarca. Extraordinariamente obeso, creyéndose á todas horas amenazado de apoplejía, Luis XVIII procuraba evitar todo esfuerzo y toda emoción. Acostumbrado, por la ociosidad del largo y apacible destierro de Hartwell, á la calma más profunda; condenado al reposo por su gordura y sus numerosos achaques, huía de la fatiga y cuidados de los negocios. Y aunque hubiese querido discutirlos, no podía, pues habiendo llegado á los sesenta años sin haberlos practicado jamás, los ignoraba. Cuanto más difíciles eran las circunstancias, más se encerraba el rey en su inercia. Desde su regreso, la situación no había presentado todavía un aspecto tan alarmante; Francia se estremecía bajo la invasión; la desorganización reinaba en todos los servicios; el extranjero manifestaba las pretensiones más exorbitantes; en fin, el Gobierno iba á encontrarse en presencia de una Cámara cuya parte más inquieta anunciaba la intención de derribarlo todo para reconstituirlo enteramente. Talleyrand, que conocía al rey, creyó que, amenazándole en tales circunstancias con la retirada del gabinete en masa, se comprometería, sin vacilar, á sostener á los ministros contra la Cámara. Acompañado de los señores Dalberg y Louis, sus agregados, el primer ministro se presentó al monarca, le expuso las dificultades que presentaban las negociaciones con los soberanos aliados, dijo algunas palabras sobre las disposiciones poco favorables de la nueva Cámara y añadió que «el ministerio no podría continuar al frente de los negocios de Estado si no se presentaba ante la Asamblea con un apoyo personal y particular del rey, y si Su Majestad no manifestaba su firmísima resolución de sostenerlo á pesar de todo y contra todos, en razón de la gravedad de las circunstancias.»

La perspectiva de una lucha á sostener contra la Cámara de los diputados asustó á Luis XVIII, que no pudo disimular su disgusto. Sin embargo, se hubiera comprometido probablemente á lo que solicitaba el presidente del Consejo, si éste no se hubiese extralimi-

tado diciendo en conclusión «que, en caso de que los ministros no obtuvieran el apoyo que esperaban, se verían obligados á dimitir.»

A estas últimas palabras, el mal humor de Luis XVIII se convirtió en irritación. Viendo una amenaza en aquel anuncio de una dimisión colectiva, se consideró ofendido. Después de permanecer un rato con la vista clavada en el techo, bajó los ojos y pronunció lentamente estas palabras: «Pues entonces, si el gabinete presenta su dimisión, nombraré otros ministros.» Sorprendido al pronto, Talleyrand replicó: «¿De modo que el rey acepta nuestras dimisiones?» Luis XVIII guardó silencio; Talleyrand se retiró y el ministerio se encontró derribado.

El primer ministro tuvo, á su caída, una especie de compensación; sus instancias eficaces, apoyadas por las súplicas de su sucesor el duque de Richelieu, hicieron que Luis XVIII se determinase á recompensar los servicios anteriores de Talleyrand con el título de gran chambelán de la real casa, con un sueldo anual de cien mil francos. El ex primer ministro tuvo que vivir relegado á aquel cargo palaciego durante todo el período de la segunda Restauración; durante quince años, su desgracia política fué completa, y probablemente no hubiese vuelto á levantarse jamás, sin una revolución que tuvo por enseña la bandera tricolor y por consigna la ruptura de los tratados impuestos por la invasión. El hombre que el 10 de abril de 1814 enarboló la bandera blanca; el firmante de la monstruosa convención de armisticio, del tratado de París y de los tratados de Viena, volvió al poder en virtud de una revolución realizada en odio á aquellos tratados y á aquella bandera. Ese hombre, cuyo nombre fatal va unido á todos los actos vergonzosos ó culpables de 1814 y 1815, fué en el extranjero el representante y órgano del movimiento político llevado á efecto para vengar aquellos crímenes y aquellas vergüenzas. Más afortunado que su colega y émulo Fouché, no dejó los huesos en tierra extranjera; fué hasta lo último consejero ó amigo de reyes; tuvo admiradores, discípulos y hasta envidiosos. Expiró cargado de años, de riquezas y de honores, y, absuelto por la Iglesia, cuyas preces solicitó á la hora suprema, no pudiendo continuar engañando á los hombres, quiso engañar á Dios, simulando morir como buen cristiano.

Por consejo de Decazes, Luis XVIII confió al duque de Richelieu la formación del nuevo gabinete. Hombre de noble estirpe, ajeno á todo compromiso de partido y habiendo rehusado una cartera en la última combinación ministerial, Richelieu tenía para el rey otra ventaja considerable, que era la de poseer la estimación y la confianza de Alejandro, por haber gobernado á satisfacción del czar, durante años, una de las provincias más importantes del imperio ruso. Nadie parecía hallarse en situación más favorable que este hombre político para tratar con el extranjero y desarmar los rigores y las pretensiones que Talleyrand no había podido vencer. Reservándose la cartera de Relaciones exteriores con la presidencia del Consejo, completó el gabinete en esta forma: Hacienda, conde Corvetto, oriundo de Génova, ex consejero de Estado bajo el Imperio, que gozaba de una gran reputación de hábil hacendista y de hombre probo; Interior, conde de Vaublanc, ex prefecto imperial, emigrado después á Gante y prefecto entonces